

Rosa Spada Suárez

## Pedro Henríquez Ureña y el Ateneo de la Juventud

En este trabajo deseo rescatar las primeras visiones y versiones que tuvo de nuestro país el joven dominicano Pedro Henríquez Ureña, el recuento de su vida y la trayectoria intelectual que dejó honda huella en sus contemporáneos. Empezaré con sus orígenes: Pedro Henríquez Ureña fue hijo de Francisco Henríquez y Carvajal y Salomé Ureña. Su padre fue un hombre de extensa ilustración: doctor en Medicina por la Universidad de la Sorbona, además de escritor y político, llegó a ser ministro de Relaciones Exteriores y presidente de República Dominicana. Su madre, poetisa, considerada como una de las fundadoras de la poesía dominicana, dejó traslucir en sus versos su amor por la patria y América.

El 29 de junio de 1884 nació en Santo Domingo, Pedro Nicolás Federico, que fue el segundo hijo del matrimonio Henríquez. Cuando el niño cumplió seis años su madre le escribió un poema:<sup>1</sup>

Mi Pedro no es soldado; no ambiciona  
de César ni Alejandro los laureles;  
si a sus sienes aguarda una corona,  
la hallará del estudio en los vergeles.

¡Si lo vieras jugar! Tienen sus juegos  
algo de serio que a pensar inclina.

<sup>1</sup> Salomé Ureña de Henríquez, "Mi Pedro", en *Páginas íntimas, Poesía completa*, Ciudad Trujillo, Imprenta Dominicana, 1950, pp. 105-107. Citado por Alfonso García Morales, *El Ateneo de México (1906-1914)*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-americanos de Sevilla, 1992, pp. 17-18.

Nunca la guerra le inspiró sus fuegos:  
la fuerza del progreso lo domina.

Hijo del siglo, para el bien creado,  
la fiebre de la vida lo sacude;  
busca la luz, como el insecto alado,  
y en sus fulgores a inundarse acude.

Amante de la Patria, y entusiasta,  
el escudo conoce, en él se huelga,  
y de una caña que transforma en asta  
el cruzado pendón trémulo cuelga.

En 1901 su padre viajó a los Estados Unidos comisionado por el gobierno dominicano y llevó con él a sus hijos Francisco, Pedro y Max. Viven en Nueva York e inician estudios en la Universidad de Columbia. Durante su estancia en los Estados Unidos, los jóvenes perfeccionan el latín, aprenden un poco de griego y practican el inglés y el italiano.

En 1904 Pedro, junto con sus hermanos, decide instalarse en La Habana. En esa ciudad ve aparecer en 1905 su primer libro, al que tituló *Ensayos críticos* (La Habana, Cuba: Imprenta Esteban Fernández), con artículos y pequeños ensayos que habían aparecido, en su mayor parte, en la revista *Cuba Literaria*.<sup>2</sup> Ésta era

<sup>2</sup> Apenas llegó Max Henríquez Ureña a Santiago, fundó una revista con el nombre de *Cuba Literaria*. "La revista era semanaria, de pocas páginas, no muy bien impresa, y sí mal ilustrada; la colaboración sería no abundada tanto como era de desear, pero la insistencia

codirigida por Max en Santiago de Cuba. Los temas que abordó eran “modernos” y variados; entre ellos destacan: la música nueva (Richard Wagner, Richard Strauss y la ópera italiana), los sistemas sociológicos de Hostos y de Enrique Lluria, la poesía de D’Annunzio, el teatro de Oscar Wilde y de Bernard Shaw. Asimismo hay tres estudios sobre la nueva literatura hispanoamericana: “El modernismo en la poesía cubana”, “Rubén Darío” y “Ariel”, en los que definió su postura ante el movimiento modernista: están sentadas allí las bases de objetividad y síntesis, herramientas imprescindibles para los análisis críticos en los que años después se perfilaría como un sólido intelectual.

Su espíritu de búsqueda y de encontrar eco a sus inquietudes en horizontes más vastos, le hizo salir con su libro bajo el brazo y utilizarlo como pasaporte intelectual en las nuevas tierras. Guiado por los consejos de su amigo cubano Arturo R. de Carricarte emprendió la gran aventura. Dejémosle describir qué sentía al tener 22 años y tomar tal determinación:

Al fin, vino a decidirme a salir de Cuba el ejemplo de Carricarte, el cual se había ido a instalar a Veracruz como periodista, y nos había escrito pintándonos una brillante situación. Creí en su dicho y me alisté a partir, sin avisarle a mi padre, quien sabía yo que se opondría [...] el día 4 de enero me embarqué para Veracruz.

Ese mismo día había escrito a mi padre comunicándole mi resolución, a fin de que la carta le llegara cuando me encontrara yo en alta mar. Así sucedió en efecto, pero mi padre hizo un último esfuerzo telegrafando a mis hermanos para que impidieran mi viaje si aún no me había embarcado.<sup>3</sup>

Dejaron huella contradictoria sus primeras impresiones en Veracruz:

Llegué a Veracruz el 7 de enero de 1906... y me arriesgué á emprender una idea de Carricarte: la publicación de una *Revista Crítica*.<sup>4</sup> La idea tenía mucho de

de Max logró que allí escribieran, con más o menos frecuencia Lola Tio, Pichardo, Enrique Hernández Miyares, Francisco Díaz Silveira, y otros literatos habaneros. Colaboración de Santiago de Cuba, por supuesto, aunque allí no abundan los escritores, era bastante frecuente; y la de Santo Domingo era bastante numerosa...” Cf. Pedro Henríquez Ureña, *Memorias-Diario*, introducción y notas de Enrique Zuleta Álvarez, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1989, p. 114.

<sup>3</sup> Cf. *Memorias-Diario*, op. cit., p. 117.

<sup>4</sup> La *Revista Crítica* se publicó como “Órgano Oficial de la Asociación Literaria Internacional Americana”, 1er. fascículo, Veracruz,

fantástica, en una ciudad como Veracruz y para un público tan poco crítico como el hispano-americano; pero Carricarte había calculado un costo mínimo [...] apenas estuvo listo el primer número, en la imprenta de *El Dictamen*, emprendió (y me hizo emprender) una extensa labor de correspondencia: primero, á los periódicos de México, todos los cuales (excepto *El Imparcial*) dieron cuenta de la Revista en términos elogiosos; luego, á una multitud de personajes tanto de México como de América y aun de Europa. Nuestro atrevimiento llegó hasta nombrar corresponsales, sin previo aviso, y escribirles en seguida rogándoles aceptaran y enviándoles el primer número: algunos como Fitzmaurice Kelly, no contestaron; pero la mayoría aceptó: por ejemplo, Johann Fastenrath, en Colonia; y no se diga de los de Hispano América [...] contestaron elogiosamente, en México, Porfirio Díaz como presidente y Justo Sierra como Ministro de Instrucción.<sup>5</sup>

Al ver que los proyectos en Veracruz no se concretaban ni coincidían como sus expectativas intelectuales decidió probar suerte en la ciudad de México; escribió una crónica detallada de sus impresiones:

Llegué a México en la noche del 21 de abril. Había viajado de día, por el Ferrocarril Mexicano, y observé la famosa vía, que no causó el asombro esperado. Obtuve en Veracruz informes para no tener que ir a ningún hotel ni hacer gastos inútiles; y al bajar en la estación, sabía que los tranvías me llevarían al centro; tomé uno de ellos, bajé en la plaza de la Constitución, y de ahí logré encaminarme a una modesta casa de huéspedes cuya dirección traía. Esa misma noche me dirigí solo al Teatro Arbeu, donde se estrenaba *Buena gente* de Rusiñol por la compañía de Francisco Fuentes; quería encontrar allí a personas con quienes había cruzado cartas desde Veracruz, pero nadie supo indicármelas. Al día siguiente, domingo, me dirigí a *El Imparcial*; pero recibí encargo de volver el siguiente día. Decidí, pues, pasearme, anduve a pie hasta Reforma; fui de nuevo al Teatro Arbeu a ver *Don Francisco de Queve-*

enero de 1906. El tamaño de la revista era de 22 por 18 cm, de color amarillo en la portada y blanco en las 40 páginas de texto. Tenía cinco páginas adicionales de anuncios y una con la lista de los “Corresponsales de esta Revista”, en América y Europa.

En la contraportada figuran los “Editores”: Pedro Henríquez Ureña, en primer término, y Arturo R. de Carricarte, debajo. Hay un dibujo en el centro, y al pie trae la dirección: Oficinas: Francisco Canal 25, Apartado núm. 183, Veracruz, Méx. Cf. Alfredo A. Roggiano, *Pedro Henríquez Ureña en México*, México, UNAM, 1989, p. 14.

<sup>5</sup> Cf. *Memorias-Diario*, op. cit., pp. 121-122.

do de Florentino Sanz, y por la noche al Hidalgo a oír *Un baile de máscaras*, con modesta compañía de ópera. Rara vez he sentido tan intensa sensación de felicidad como ese día; si en Veracruz mi mala situación no me había quitado el optimismo, el llegar a México ya en buenas condiciones y sentirme —cosa peculiar— sin lazos con nadie ni más obligaciones que las que habría que imponerme mi trabajo periodístico, me producía un placer lleno de tranquilidad.<sup>6</sup>

A partir de ese momento la presencia de Pedro Henríquez Ureña en nuestro país fue determinante para los estudiosos del tema; esa llegada a México es enormemente significativa. García Morales ha escrito al respecto:

Su presencia en México entre 1906 y 1914 es la que marca el tiempo de vida del grupo [...] Dentro del Ateneo debe concedérsele un lugar protagonista: fue el centro, la conciencia y el guía. Seleccionó y educó a sus distintos miembros, mientras él mismo se iba educando, un paso adelante de los demás. Y con la misma energía con que programó, impulsó, supervisó y dio publicidad a sus actividades, corrigió lo que le parecían desviaciones. En buena medida el Ateneo fue una realización o, mejor, un sueño suyo.

Su encuentro con Acevedo, Caso, Torri y Reyes, que están llenos de otras tierras, ayudaron a descubrirse a los otros por el asombro que le provocaba el paisaje, por la ciudad —que no lo impactaba—, por la juventud inquieta y cansada de lo inamovible del sistema, por los preparatorianos ávidos de nuevas lecturas, deseosos de desenterrar los libros ocultos, hastiados de las verdades a medias.

Casi de inmediato se originó una simbiosis entre los mexicanos y los dominicanos. Se sintió entre ellos como uno más, su sentido de pertenencia le permitió arraigarse e instalarse físicamente en una casa en la calle de Soto, en la que vivía con su hermano Max y Luis Castillo Ledón y donde los domingos por la tarde empezaban las tertulias de té. Ahí se hablaba, se comentaba, se intercambiaban ideas, se confrontaba y replicaba con esa música de fondo que no los perturbaba del sacro oficio de leer a los clásicos.

Sobre sus primeros contactos con la intelectualidad de la ciudad de México, escribió:



Pedro Henríquez Ureña.

El lunes 23 entré al *Imparcial*, y en seguida me encomendaron trabajos [...] Busqué á José Escofet, el joven escritor español que había hablado de mis *Ensayos* y á Carlos González Peña, con quien hice amistad inmediata [...] en *El Imparcial* hube de conocer á Carlos Díaz Dufoo y á Luis G. Urbina; y á fines de Mayo me decidí ensayar a conocer el círculo de *Revista Moderna*.

Así, un día me dirigí á casa de D. Jesús E. Valenzuela, y de pronto me encontré en medio de la juventud literaria de México. Aquel día estaban allí, junto con Valenzuela y su hijo Emilio, Rafael López, Manuel de la Parra y el yucateco Alvaro Gamboa Ricalde [...] los literatos jóvenes me invitaron á la nueva revista, fundada por Alfonso Cravioto (entonces en Europa), con el nombre de *Savia Moderna*. Allí estuve al siguiente día; recité y me aplaudieron de manera inesperada; y en suma, al cabo de diez días conocía á los principales literatos jóvenes de México: Rafael López, Manuel de la Parra y Roberto Argüelles Bringas, tres poetas que me parecieron desde luego los más originales; Alfonso Reyes [...] Ricardo Gómez Robelo, quien me reveló, [...] a cuanto alcanzaba la ilustración de algunos jóvenes mexicanos, pues me habló, con familiaridad perfecta, de los griegos, de Goethe, de Ruskin, de Oscar Wilde, de Whistler, de los pintores impresionistas, de la música alemana, de Schopenhauer...; Antonio Caso [...] a quien oí un discurso que me reveló la extensa cultura filosófica.<sup>7</sup>

<sup>6</sup> Cf. *Memorias-Diario*, op. cit., pp. 125-126.

<sup>7</sup> Cf. *Memorias-Diario*, op. cit., pp. 126-127.

## HISTORIA

Y descubrió así las oficinas de *Savia Moderna*: “A muchos metros de la tierra, sobre un edificio de seis pisos, abría su inmensa ventana hacia una perspectiva exquisita: a un lado, la Catedral; a otro, los crepúsculos de la Alameda [...] Desde aquella altura cayó la palabra sobre la ciudad”.

Sobre su experiencia en *Savia Moderna*, nos ha dicho que fue secretario de redacción en los dos últimos números de la revista. Su opinión de ella en 1914 es desapasionada:

desorganizada y llena de errores, representaba, sin embargo, la tendencia de la generación nueva a diferenciarse francamente de su antecesora, a pesar del gran poder y del gran prestigio intelectual de ésta [...] En *Savia Moderna* había de todo: pintores y escultores [...], poetas y prosistas, malos y buenos. Algunos muy malos.

No obstante, señaló que en medio de tal disparidad salió lo que podía considerarse un primer “grupo cén-

trico” formado por Alfonso Cravioto, Rafael López, Roberto Argüelles Bringas, Manuel de la Parra, Ricardo Gómez Robelo y él mismo. A los que hay que añadir inmediatamente a Alfonso Reyes y a Antonio Caso. Ya para ese momento, Henríquez Ureña intentaba inculcar en ellos su “espíritu de asociación” y convertirlos en un grupo intelectual homogéneo, libre de adherencias “provincianas” o “salvajes”, capaz de elevar el medio intelectual mexicano, de crear una atmósfera propia de la libre circulación de ideas y, en último extremo, a la creación.

Una de las primeras actuaciones del grupo fue la defensa y la difusión del modernismo; por ejemplo, se desagravió a Gutiérrez Nájera: salieron a la calle con la bandera de Arte Libre, acompañados de las bandas de música, se les unieron los estudiantes y la juventud que clamaba por los fueros de la belleza y que estaba dispuesta a defender sus ideas hasta con los puños; ese día la Alameda no era la plaza aplacible de la alta aristocracia, la poblaba una multitud de jóvenes enardecida que defendía abiertamente al *Duque Job*.



Antonio Caso (Sistema Nacional de Fototecas/Fototeca del INAH-Pachuca).

Ese año de 1907 fue crucial. A instancias de Acevedo crearon la Sociedad de Conferencias dedicada a temas de arte, literatura y pensamiento moderno. Ese interés por la cultura moderna terminó en el “redescubrimiento” de las humanidades y de la filosofía, que la enseñanza positivista implantada en México medio siglo antes había hecho prácticamente desaparecer.

Casi inmediatamente después de la marcha por la Alameda, organizaron el primer ciclo de conferencias en el Casino de Santa María. En esa ocasión Henríquez Ureña disertó acerca de Gabriel y Galán (escritor y poeta español que pugnaba por recoger lo propio, lo castizo, por cantar a la región), acompañado del pianista Roberto Ursúa y el poeta Luis Castillo Ledón.

En 1908 Diódoro Batalla y Rodolfo Reyes salieron a la palestra para defender a Gabino Barreda y protestar por la situación de marginación de los jóvenes que salían de las facultades universitarias sin opción de ser incorporados en la pirámide social porfirista. No sería fortuito decir que fue la primera señal de una conciencia pública emancipada del régimen. Alfonso Reyes en su obra *Pasado inmediato* ha dicho: “En el orden teórico, no es inexacto decir que allí amanecía la Revolución”.

Posteriormente realizaron el segundo ciclo de la Sociedad de Conferencias, esta vez en el Conservatorio Nacional (hoy actual Museo de San Carlos): apenas si cabían los asistentes.

Hacia 1909 Antonio Caso disertó sobre la Filosofía Positivista en la Escuela Nacional Preparatoria. En ese lugar se definió la actitud de la juventud frente a las doctrinas oficiales. En octubre de ese año se instauró el Ateneo de la Juventud en el salón de actos de la Escuela de Derecho.

En 1910 (año del centenario de la Independencia) se celebró el primer ciclo de conferencias sobre temas americanos. En esa ocasión Henríquez Ureña escribió una semblanza de José Enrique Rodó, del que había solicitado al general Bernardo Reyes junto con otros ateneístas la edición de *Ariel*.

Al mismo tiempo ingresan a la Escuela de Altos Estudios, donde se retoman las humanidades. Poco tiempo después empiezan los primeros motines, los estallidos dispersos: se sentían lejanos los pasos de la Revolución. Paralelamente la campaña cultural comienza a tener resultados. Para ese momento, ya eran respetados como grupo, reconocidos por su amplia cultura. Alfonso Reyes lo describió así:

Aquella generación de jóvenes se educaba, como en Plutarco, entre diálogos filosóficos que el trueno de las revoluciones había de sofocar. Lo que aconteció en México el año del Centenario fue como un disparo en el engañoso silencio de un paisaje polar: todo el circo de glaciales montañas se desplomó y todas fueron cayendo una tras otra. Cada cual, asido a su tabla, ha sobrenadado como ha podido; y poco después los amigos dispersos, en Cuba o Nueva York, Madrid o París, Lima o Buenos Aires —y otros desde la misma México— renovaban las aventuras de Eneas, salvando en el seno los dioses de la patria. ¡Adiós a las noches dedicadas al genio, por las calles de quietud admirable, o en la biblioteca de Antonio Caso, que era el propio templo de las musas!

Preside las conversaciones un busto de Goethe, del que solíamos colgar sombrero y gabán, convirtiéndolo en un convidado grotesco. Y un reloj, en el fondo, va dando las horas que quiere; y cuando importuna demasiado, se le hace callar: que en la casa de los filósofos, como en la del *Pato salvaje*, no corre el tiempo. Caso lo oye y lo comenta todo con intenso fervor; y cuando a las tres de la madrugada, Vasconcelos acaba de leernos las meditaciones de Buda, Pedro Henríquez Ureña se opone a que la tertulia se disuelva, porque —alega— la conversación apenas comienza a ponerse interesante.<sup>8</sup>

Sentían la necesidad de trabajar en otros ámbitos fuera del universitario, querían transmitir la ciencia y el conocimiento en otras filas y por ello el 13 de diciembre de 1912 fundaron la Universidad Popular, que fue “la escuadra volante que iba a buscar al pueblo en sus talleres y en sus centros, para llevar, a quienes no podían costearse estudios superiores ni tenían tiempo de concurrir a las escuelas, aquellos conocimientos ya indispensables que no cabían, sin embargo, en los programas de las primarias”. Los periódicos los ayudaron, varias empresas les mostraron solidaridad y se negaron a recibir subsidios del gobierno. La creación de la Universidad Popular los enaltecía como grupo y ésta duró con vida diez años más. El escudo tenía por lema una frase de Justo Sierra: “La ciencia protege a la patria”.

Ese mismo año deciden cambiar de nombre al Ateneo de la Juventud por el Ateneo de México porque les parecía vergonzoso llamarse jóvenes cuando algunos de sus miembros estaban por cumplir los treinta años. A fines de 1913 y principios de 1914, en el periodo más

<sup>8</sup> Reyes, *Pasado inmediato*, pp. 147-148.

## HISTORIA

cruento de la lucha revolucionaria, deciden organizar el último ciclo de conferencias en la Librería de Gamoneda, ubicada en la calle de 16 de Septiembre.

Bergson escribió lo siguiente acerca del grupo: “Es un testimonio no poco consolador sobre las posibilidades del espíritu ante las fuerzas oscuras del desorden”.<sup>9</sup>

Realmente fue heroico realizar este ciclo. Henríquez Ureña en esa ocasión defendió la mexicanidad de Juan Ruiz de Alarcón.

La disolución del grupo era inminente. El campo de batalla era minado por la desorientación, el luto, la pérdida, al lado de la esperanza por salir de ese caos. Muchos salieron al exilio, el destierro fue su única opción; otros se sumaron a las filas revolucionarias (villista, carrancista, convencionista). Los días felices habían pasado, el México cruel se imponía, aparecían lágrimas de dolor, desesperación e impotencia. García Morales ha escrito qué intereses los mantuvieron unidos en ese tiempo:

La Revolución llevó la inestabilidad y la división a la institución, interfirió sus actividades y determinó, finalmente, su disolución [...] lo que realmente los mantuvo unidos y activos fue su propósito de defender y continuar la obra educativa de Justo Sierra. Ellos se convirtieron en los principales defensores de la Universidad Nacional [...] la creación de la primera Universidad Popular mexicana, para la que los ateneístas, que por un momento trataron de acercarse tímidamente al mundo obrero, [...] y la puesta en marcha de una Sección de Humanidades en la Universidad. Esta fue la obra educativa verdaderamente representativa del espíritu del Ateneo, del sueño de los ateneístas de construir, aun en medio de la violencia de la Revolución, su propia “Grecia mexicana”.

Si me he dejado algo en el tintero o he omitido algún suceso, valgan como testimonio fiel las vivencias que nos acompañaron en estas breves líneas.

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 151.



José Vasconcelos, Diego Rivera y otros (Sistema Nacional de Fototecas/Fototeca del INAH-Pachuca).